

BANDAS JUVENILES: VIOLENCIA Y MODA

Cristina Mateo
Carolina González
IIES, UCV

Resumen

Las bandas juveniles son una expresión social de antigua data. Actualmente, en las grandes ciudades, algunas de estas bandas se caracterizan por el ejercicio de la violencia extrema. Partiendo del estudio de las bandas que operan en los barrios de Caracas se realiza un análisis que conjuga diferentes perspectivas teóricas para intentar comprender el sentido de la violencia desarrollada por estos jóvenes, las relaciones que mantienen con la comunidad, con la cultura y la sociedad venezolana, destacando la importancia de la moda audiovisual como factor interviniente en este comportamiento.

Palabras claves: Violencia, bandas juveniles, moda.

INTRODUCCIÓN

La preocupación de las ciencias sociales por las bandas o pandillas juveniles es de vieja data, podemos nombrar al respecto el detallado estudio realizado por Frederic Thrasher a 1.313 bandas en Chicago, publicado en 1927 con el título *The Gang*, donde se encuentra la siguiente definición:

La banda es un grupo intersticial, constituido originalmente de forma espontánea y luego integrado a través del conflicto. Se caracteriza por los siguientes tipos de comportamiento: encuentros cara a cara, golpizas, movimientos a través del espacio como unidad, conflictos y planificación. Como resultado de ese comportamiento se desarrollan tradiciones, estructura interna, espíritu de cuerpo, solidaridad, moral, conciencia de grupo y adhesión a un territorio local (Thrasher, 1960, 57).

La sociología ha asumido las pandillas como un fenómeno normal de la vida juvenil, asociado con las necesidades de diferenciación de los padres y de identificación con sus pares, que viven los adolescentes, y con la fuerte motivación hacia nuevas experiencias que la agrupación en pandillas permite lograr.

En Venezuela se ha escrito poco sobre las pandillas o bandas juveniles, algo en los años sesenta, cuando proliferaron las bandas de jóvenes de la clase media conocidas como "patotas" (Del Olmo, 1978). Sin embargo, en la década de los noventa la prensa ha destacado las actuaciones de las bandas juveniles, que se han convertido en figuras estelares en la vida de los barrios caraqueños. Lo

que más llama la atención sobre estas bandas es la utilización de armas de fuego (a veces sofisticadas), por menores que resuelven sus necesidades y conflictos con una violencia que luce exagerada a los ojos de cualquier observador: asesinatos por robo de objetos de moda (zapatos, chaqueta, celulares), enfrentamientos a tiros por defensa del territorio, acribillamiento de jóvenes (a veces niños) por asuntos cotidianos como puede ser, la disputa por una novia o por un juguete roto.

En este artículo se presenta una aproximación analítica que intenta comprender el comportamiento violento de los jóvenes integrantes de bandas armadas en las zonas pobres de la ciudad.

En investigaciones que realizamos en 1992 y 1993 en barrios de Caracas (Mateo, 1997 y González, 1994) la violencia, especialmente de las bandas, surgió como la mayor preocupación de sus habitantes. Por ello, orientamos los estudios en esa dirección, comenzando con un trabajo descriptivo (González, 1994) al cual le hemos dado continuidad, añadiendo un esfuerzo analítico, donde se conjugan los resultados de otras investigaciones (Pedrazzini y Sánchez, Scotto y Castillo, González y otros, Duque y Muñoz) y la revisión de diversos conceptos y perspectivas teóricas (Thrasher, Sutherland, Merton, Gil Calvo) que permiten elaborar algunas proposiciones sobre la significación sociocultural y política de las bandas juveniles de los barrios caraqueños en la década de los noventa y la relación entre sus formas de actuación y la moda audiovisual.

1. LOS HIJOS DEL CARACAZO

Entre el 27 de febrero y el 3 de marzo de 1989, la ciudad de Caracas experimentó un alzamiento popular conocido como *el caracazo*. Grandes grupos de habitantes de los sectores populares se lanzaron a las calles a saquear los comercios, mostrando su desacuerdo con las medidas económicas del gobierno. Este respondió con las fuerzas del orden, las cuales, amparadas en la suspensión de garantías, sometieron a la población en forma brutal, como lo demuestran los orificios de balas en las fachadas de muchas viviendas. y la cantidad de muertes ocurridas después de los saqueos (300 para el gobierno y hasta 1.000 para la oposición) (Cuadernos Cendes, 1989, Revista Sic, 1989).

Algunas entrevistas realizadas con posterioridad señalan que a raíz del 27 de febrero se produjo un cambio en la vida de los barrios y de toda la ciudad. Scotto y Castillo (1994) describen dos vertientes opuestas de reivindicación de poderes. Uno, el poder de la violencia; otro, el poder de la organización. La violencia a partir de esta fecha se ha recrudecido, se han hecho patentes y visibles situaciones que anteriormente estaban solapadas. El alzamiento, catapultó la

situación, especialmente por el destape en el manejo de las armas, ambos bandos, el gobierno y el pueblo, como una legitimación del poder a través de la violencia. Dos testimonios recogidos por Scotto y Castillo (1994) lo ejemplifican.

En el 27-F se dio una declaración de guerra por parte del gobierno contra el pueblo(...) era una guerra muy desigual (...); además de la muerte, por vez primera los muchachos, los niños, la comunidad ve físicamente armamento pesado, ve escopetas; ve y se exhibe y además se exhibe como respuesta por parte de los responsables de conducir un país (Manuel, p.7)

(...) ha habido un cambio, después del 27-F..., no es la radicalización de la violencia, sino la legitimación (...) una delincuencia totalmente organizada que tomó legitimación, como poder de autoafirmación (Luis, p. 9).

Entre los cambios destaca la aparición, en los escenarios urbanos de bandas juveniles, cuyas actuaciones presentan un conjunto de características que las definen y diferencian de la violencia desarrollada hasta entonces, liderada por los *malandros*. Las bandas recurren al uso de las armas por el poder y la fuerza que estas representan, sobre todo considerando que su físico no se corresponde con la de un luchador o un atleta, básicamente porque su dieta generalmente es baja en nutrientes, producto de sus condiciones de pobreza que se viven en los barrios.

De la violencia física se pasa a la violencia bélica las armas sustituyen el poder basado en el físico y su potencial. *El duro, se vuelve el más loco* (Pedrazzini y Sánchez, 1992, 203).

Los testimonios y observaciones demuestran que para estas bandas se cumplen las características señaladas por Thrasher. En primer lugar, las bandas surgen de manera espontánea, como grupos de amigos, de allí que en ellas se observen las características de los grupos primarios¹. A continuación se presentan algunos testimonios ilustrativos sobre sus formas de expresión en Caracas.

1. Entendiendo por grupo primario todo grupo, generalmente no especializado y de pocos miembros, cuyas relaciones se desarrollan, sobre todo de manera íntima, cara a cara (face-to-face). Los hombres de todas las sociedades, tanto en las actuales como en las más remotas culturas que conocemos como pueblos primitivos, dependen siempre del grupo primario, están orientados por él y, sobre todo, pueden ser controlados socialmente por él (Schoeck, 1973, 350).

Lealtad al grupo

La estructuración de la banda como organización espontánea se fundamenta en la total identificación de los miembros con el grupo y en las capacidades y destrezas que cada uno desarrolla para beneficio del colectivo.

En las pandillas se observan las características de los grupos primarios: lealtad, sacrificio por los otros miembros del grupo, pero sobre todo respeto por las reglas establecidas, se castiga a quien las quebranta, incluso con la muerte. El miembro de la pandilla está casi completamente controlado por la fuerza de la opinión del grupo (Trasher, 1960, 288-293)

En el caso de las bandas juveniles que actúan en Caracas, los comentarios de los habitantes de los barrios hacen referencia a esta lealtad, cualquier afrenta a un integrante de banda será cobrada por sus compañeros, como dice Carrucha en el libro *La ley de la calle*:

(...) Cuando mataron a Martín no esperé para cobrármelas (..). Toqué la puerta de la casa de Fantasmita, el chamo que había matado a Martín. (...). Lo agarré por la cabeza y le iba a hacer igualito que él le hizo a Martín, pero le metí tres tiros en el pecho. En eso llegó Goyito zumbándole tiros a la mamá del chamo. No se salvó. Después pesqué al primo. Le dimos viaje con pasaporte, tierrita y todo. (...) (Duque y Muñoz, 1995, 33)

Como en cualquier grupo primario hay asignación de roles y estratificación social. La organización surge de las necesidades impuestas por las acciones concertadas: ataque, defensa, invasiones y otras labores colectivas. Los miembros de la banda califican para los roles creados a través de procesos internos de lucha y selección. Así como matan para vengar la muerte de uno de los miembros de la banda, también pueden matar a quien los traiciona o los ofende, pretendiendo burlar su "poder".

Se establece una diferencia entre los malandros de antes, *malandros viejos* y los integrantes de bandas. Con relación al sentido de pertenencia y las lealtades, los de antes mantienen cierto respeto y consideración con la gente del barrio (ancianos, niños, deportistas, músicos, religiosos, docentes), no atracan a los vecinos, generalmente sus actividades delictivas las realizan fuera del barrio. Los integrantes de bandas no comparten esos valores y ética del malandro, atracan, llegan a agredir e incluso asesinan a cualquier vecino, pues su sentido de pertenencia se limita a la banda, no al barrio.

Es diferente el malandro viejo que el malandro de ahora; el malandro viejo no te roba a ti, te está robando es el pavito de aquí mismo, el malandro viejo, no; sabes tú que está armado, pero él no es capaz, es más, regaña a los otros; seguirá haciendo

sus fechorías, pero fuera de su zona donde él vive (Leticia, p.22). (Scotto y Castillo, 1994, 33).

Entre un malandro de verdad, un caballero, y un chigüire, hay mucha diferencia, aunque los dos son delincuentes. Cuando uno es malandro lo reconoce con orgullo, si es un prestigio que uno se ha ganado con una conducta de varón. El malandro no atraca en su zona, busca más bien proteger a la gente que está cerca de él y de vez en cuando hasta la ayuda económicamente; el chigüire es capaz de tumbarle una bolsa de comida a la señora que vive a tres casas, o en el mismo edificio. (Comezgato) (Duque y Muñoz, 1995, 108).

Demarcación de un territorio

Las bandas juveniles tienen un territorio que les es propio, son los callejones, las esquinas del barrio. Es su área de acción. No permiten que otra banda opere en su territorio, lo defienden constantemente. Su cotidianidad transcurre en "andar por ahí", transitar por el barrio, generalmente no salen de allí y si lo hacen es para alguna acción ilegal.

(...) hay temporadas que los muchachos se alborotan, los de una comunidad vienen a atacar a los de otra comunidad, los de la parte baja a la parte alta y todavía... ahorita está un poco calmada la cosa porque unos muchachos que están detenidos, hay otros que los han matado... y todavía hay violencia, no te voy a decir que no (Buenaventura, p. 9) (Scotto y Castillo, 1994, 35-36)

De todos yo soy el que desenfunda más rápido y cubre mejor la zona... Nosotros no andamos sometiendo a nadie, simplemente cuidamos nuestra zona para que nadie venga a comer en ella. La ley es aprender a cuidarse (El menor Manuel). (Duque y Muñoz, 1995, 44).

Lenguaje propio

Existe un código entre malandros, bandas y consumidores de drogas que les permite comunicarse entre ellos. Para Sánchez y Pedrazzini el malandro es el modelo de niños y adolescentes, él es el artífice de signos, gestos y códigos. Pero a pesar de eso, los malandros viejos perciben cierto cambio en la forma de hablar de las bandas en comparación con ellos. Crean palabras cargadas de significados, que no sólo los identifica como grupo, sino que se constituye en un elemento de protección para la banda, algunas de esas palabras son rápidamente conocidas por los malandros, jibaros y consumidores de drogas, lo cual permite la comunicación entre ellos, pero otras permanecen sólo para el uso de la banda, es su código particular y de protección.

Yo soy un malandro viejo y yo antes le decía a un tipo ¡te voy a joder! Hoy en día le dicen: ¡te voy a explotar! , ¡te voy a dejá pegao! (malandro-jíbaro) (González, 1994, 218).

Vestimenta

Otro elemento que identifica a las bandas es su forma de vestir, este elemento es tan importante que se le da prioridad a la compra de un artículo de marca que a las condiciones de vivienda y alimentación. El uso de una marca pirata se castiga entre los jóvenes con burlas, es considerado *una raya* (estigmatización). El artículo en cuestión se transforma en un objeto con valor en sí mismo, es un fetiche imantado de un poder mágico. Especialmente los zapatos de marca, mejor conocidos como "zapatos de la muerte", ofrecen al portador participar en la fuerza que poseen y entrar en otra dimensión, por encima de la realidad cotidiana, como si a través del objeto se llenara un espacio de la vida que ha estado ausente de sentido (Scotto y Castillo, 1994). La vida pasa a un segundo plano, lo vital es mostrar lo que se es y preferible es morir que ser despojado del artículo que les da sentido.

Lo del Chaveto ocurrió por culpa de unos malditos Nike. Él me había visto algunas veces con mis Charles Barkley, mis Bull Jackson y mis Punto Negro. Siempre he usado zapatos de marca y nunca había tenido culebra por eso. Pero lo malo es que como cada semana iba a visitar a la familia que tengo por donde vivía el occiso, un día me vio y me dijo: «Me voy a quedar con tus zapatos. Así que bájatelos». Di la vuelta y me alejé sin cruzar letra. A la semana siguiente trató de despojarme otra vez de los zapatos y no me dejé. Es más, ese día me dio un cachazo en la cabeza con su pistola (El menor Manuel) (Duque y Muñoz, 1995, 40.).

Uno cuida los zapatos porque esa es la imagen de uno(...) En el barrio es bien bandera andar vestido como guaperó. Por eso, me gusta andar legal y que Katerin ande con su porte (El menor Manuel) (ibídem, 44).

Actividades

La opinión pública generalmente asocia a las bandas con el tráfico y consumo de drogas, pero esto no necesariamente es así, lo más correcto es señalar que algunas bandas trafican, otras roban, otras asesinan, etc. La banda ofrece al narcotráfico movilidad espacial, organización, armas, capacidad de violencia (Sánchez y Pedrazzini, 1991). Sin embargo, el comportamiento ostentoso e impredecible de los muchachos de las bandas, no parece el idóneo para los grandes traficantes. Nuestra hipótesis es que aunque estas bandas pueden participar

como consumidores y distribuidores menores en el negocio de las drogas, difícilmente pueden ser ellos los responsables ante los grandes carteles.

En el barrio existe un conjunto de actividades ilícitas que son realizadas por diversos grupos: robos, aguantadores y vendedores de objetos robados, vendedores de armas, venta de alcohol sin licencia, juegos de azar, etc. Pero la actividad que más resalta es el tráfico y venta de droga, convertida en una verdadera alternativa de ingresos para las familias de escasos recursos, aun los niños no escapan de esta especie de economía familiar.

Son muchas familias metidas (...) muchos alumnos nuestros están metidos en eso, y ex alumnos; que familias enteras, donde la abuela participa en el negocio; es una manera fácil de ganarse bastante dinero (José, 4) (Scotto y Castillo, 1994, 34).

Otras de las actividades a las que se dedican las bandas son los atracos dentro del barrio y actividades deportivas como el basquet, pero estas actividades implican riesgos, ya que al estar distraídos jugando, muchos integrantes de bandas han sido asesinados. Su principal actividad son los enfrentamientos, lo que llaman *matar culebras*, que puede traducirse como venganzas, que en muchos casos sucede por afrentas menores (un piropo a una novia, una mala mirada).

A matar culebras; concretamente ellas lo que matan es culebras. ¡Ellos consiguen a los jibaros y los asaltan y si es posible le meten un tiro y le meten la droga en la boca y se la dejan allí. Así hacen las bandas (malandro-jibaro) (González, 1994, 127).

En los barrios en los que he vivido siempre hay choques entre bandas, por eso estoy bien fogueado en eso de visitar y no resbalarse. Cuando estuve en Carapita tuve que mandar bajo tierra varias culebras, porque se me querían atravesar. La primera vez que maté a alguien fue allá (El menor Manuel) (Duque y Muñoz, 1995, 39).

En este contexto vivir y morir son polaridades que se acercan, que se confunden y se expresan en múltiples formas donde lo excesivo pasa a ser normal.

La máxima expresión de violencia, que hoy un muchacho de 16 años casi le da lo mismo vivir que morir, y si le van a matar «pues termina con esa vaina que es la vida»; (...) esa falta de esperanza y esa falta de horizonte y que estar jugando continuamente en la frontera de la vida y de la muerte se está convirtiendo en una manera de vivir para muchos de esos muchachos (...); sabe que en la noche va a salir, se va a enfrentar a otras bandas, él tiene las suyas (...) (Manuel, p 3) (Scotto y Castillo, 1994, 31).

Estos enfrentamientos le ofrecen por un instante al integrante de bandas la ilusión de tener el control, de ser poderoso en un mundo que contantemente lo

devalúa y lo segrega y no le da oportunidad de ser, de expresarse, sino a través de esa violencia extrema.

Encinas Garza resalta la importancia del reconocimiento social para el joven, el deseo de destacar y la necesidad de crearse un lugar en el mundo, cuando define las bandas como:

Un reordenamiento juvenil que responde a una significación, a una lógica marginal, cuyas consecuencias estructurales obligan a la juventud a crear espacios propios con sus respectivas conductas alternativas (1994, 27).

2. CULTURA DE URGENCIA Y SOCIALIZACIÓN

Para entender el comportamiento de las bandas, hay que recordar lo señalado por diversos autores sobre los procesos de socialización. Thrasher (1960) plantea que las bandas asumen patrones de acción que encuentran en su medio ambiente.

Por su parte, Robert Merton destacó los diferentes modos de adaptación del individuo a la sociedad, en función de la relación "entre las aspiraciones culturalmente prescritas y los caminos socialmente estructurales para llegar a dichas aspiraciones" (1964, 43). En aquellas sociedades con posibilidades restringidas para alcanzar las metas culturales, como es el caso de todos los países del tercer mundo y, en estos momentos, de muchos jóvenes del primero y segundo mundo, se recurre a caminos diferentes, en términos tradicionales, *conductas desviadas*, que al extenderse entre la población terminan por imponer una situación anómica, como la que se vive en los barrios de Caracas, sumidos en la *cultura de urgencia*.

La cultura de urgencia es una cultura rebelde, pero no revolucionaria, es el rechazo cultural frente a la manipulación, es la desconfianza ordinaria por parte de los que fueron tan engañados, es la energía puesta en la difícil labor de existir, cuando todo se encarga de destruir: es la trampa cotidiana con la muerte (Pedrazzini y Sánchez, 1992, 81).

(...) Por ello, la violencia por más radical y "extrema" que sea, no será sino una expresión de la cultura de urgencia y no la cultura en sí misma. Ella expresa el rechazo a la exclusión social. Esta violencia, si bien no permite ciertamente imponerse sobre el plan de la fuerza pura frente a la represión policial o militar del Estado, permitirá al menos imponerse "ideológicamente" o "imaginariamente" con un estilo de respuesta a la exclusión, negando así el eterno sentimiento de culpabilidad del pobre (el excluido) frente a aquel que lo empobrece (el excluyente) (Ibidem, 75-76).

La violencia cotidiana es la violencia del día a día, que se manifiesta de diversas maneras, pero una de las más radicales es aquella asumida por los jóvenes integrantes de bandas, es una violencia que se cuele por todos los espacios de la vida social, grupal e individual (Scotto y Castillo, 1994, 28). Es una violencia que está presente en la cotidianidad de la gente, se ha vuelto parte de lo que es su vida; es estar inmerso en un sistema que va desde no tener para comer hasta ser atrapado por una bala.

Es la violencia diluida en la dinámica social, constituyéndose en un hecho natural y cotidiano, es una nueva forma de orden social que ocupa todos los espacios (González y otros, 1997, 2), y que se radicaliza en los barrios. Es una violencia que se manifiesta de modo distinto según la estratificación social. Para quienes habitan en un barrio es una forma de vida: es el status adscrito que le corresponde a la gente por ser pobre, ser menos; es estar marcado desde que se nace, sellados por esa forma de ser social.

Yo creo que en muchas capas del pueblo se tiene conciencia de que verdaderamente es una desgracia nacer pobre y pertenecer al pueblo pobre (...) cuando un muchacho (me contaba) que la policía lo ha agarrado y lo ha golpeado, el muchacho me dice que bueno que es lógico que a él lo golpeen, porque lo están sindicando de estar presente en la muerte de un compañero, de un funcionario (...) cuando este muchacho me está diciendo esto, sabe que, bueno, su destino es ser golpeado porque es él, porque él es negrito, es de un barrio, no tiene padrino, no tiene palanca (Manuel, p.10) (Scotto y Castillo, 1994, 29).

Violencia en el barrio siempre ha existido, siempre hemos vivido con la violencia; la violencia de que no te llegan los servicios públicos y tú te angustias y no estás bien y eso te niega la existencia, la manera de vivir con tranquilidad (Leticia, p. 15). (Ibíd., 30).

No puedes estar parado (en una esquina), porque llegan los policías y te confunden con el malandro es decir, al ciudadano pacífico lo confunden con el malandro y se lo llevan y te hacen pasar dos o tres noches en la jefatura... (entrevista malandro-jíbaro) (González, 1994).

En todos estos estudios se destaca el incremento en los últimos años de los juegos de azar, las loterías, los terminales, los juegos de caballo; una serie de actividades que tienen un doble papel: para quien juega, mantener la esperanza en la ilusión mágica (omnipotente y primitiva) de que llegue el día de ganar y se resuelvan todos los problemas; para el que organiza la jugada es, además, el rebusque económico, por el que a veces percibe altos ingresos. Son formas de evadirse por momentos de una realidad cargada de violencia.

Otra forma de escape se identifica en el incremento de la ingestión de drogas y alcohol (la droga social), especialmente los fines de semana; pasar la tar-

de de domingo con el compadre oyendo música de rockola y bebiendo, es una manera de actuar el derecho a disfrutar el propio espacio.

Todos los autores reconocen la formación de bandas como un proceso natural de la adolescencia, el problema es a qué se dedican esas bandas, a quienes se enfrentan en su deseo de resaltar y en sus instintos de rebelarse, de imponerse como seres humanos. En el caso que estudiamos los jóvenes se enfrentan a una violencia instituida por la estructura económica y social. Estamos de acuerdo con la hipótesis de Pedrazzini y Sánchez.

No podemos ver los ajustes de cuentas entre las bandas, como actos totalmente sórdidos, mezquinos, o patológicos. Hemos sostenido la hipótesis de que incluso si las razones económicas (tráfico de drogas, robo de zapatos de marca, etc.) no están ausentes y constituyen incluso el motivo aparente de un asesinato, no hay que quedarse solamente en este hecho como explicación social: los asesinatos cometidos por las bandas de adolescentes o de malandros del barrio son solo el tope de una violencia ordinaria de la metrópoli, que se constituye a partir de su desestructuración (ineficiencia de servicios, familia dispersa, desempleo, madres adolescentes, desnutrición, enfermedades, inflación, etc.). Posiblemente se trata de la última violencia que no sea absurda, inclusive si las circunstancias que lo han provocado son de un absurdo mundial (1992, 94).

Nuestra hipótesis es que estos jóvenes viven su adolescencia de acuerdo con el arquetipo del *puer eaternus*, en la mitología el arquetipo se refiere a un conjunto de características del joven tales como: el ser héroe, renovador, creador e impaciente, poseer poca conexión con la tierra, incapacidad para entrar en el reino de lo temporal, de contraer compromisos " Su vida es provisional, busca viajar y trasgredir los límites". (Riera, 1992,95). Los jóvenes buscan emociones fuertes, se rebelan ante las tradiciones y los modelos familiares, exceden los límites, pretenden destacar y dominar el mundo. El problema es que su mundo, el mundo del barrio, está controlado por múltiples violencias, la intrafamiliar, la del Estado, la de los policías y la de los malandros. Para enfrentarse a todas ellas es necesario unirse en bandas y tener armas.

Uno tiene que andar pilas por ahí todo el día para mantenerse en el aire. Por el sólo hecho de pertenecer a un sector tienes culebras con los de otro. Si eres del bloque 4 chocas con los del 5, sin saber por qué. Por eso todo el mundo anda armado. En las casitas hay más armas que gente. Los fines de semana eso es plomo encendido por ese cerro (El menor Manuel) (Duque y Muñoz, 1995, 39).

En los barrios ya es común la venta de armas, las mismas provienen de diversas fuentes: de jóvenes de los barrios que se alistan en el ejército y las sustraen de allí, de policías que venden en los barrios, etc.

Él sabía que yo andaba buscando una y me la regaló. Era una nueve vegetariano, bestial. Casi todos los hierros que he tenido después de este, me los han regalado (...) Uno me los da un pana de la Disip, que vive un pelo más abajo. La mayoría de las armas buenas se consiguen con los pacos. Un policía te puede vender un hierro limpio por 20 ó 30 lucas. Por aquí he visto todos los tipos de armas: Uzi, Miniuzi, Fales, Ingrand, 45, 9 milímetros cortos y largos, 357 (Carrucha) (Duque y Muñoz, 1995, 31).

Hay muchas armas en la calle ¿de dónde vienen?, pienso que el narcotráfico está cada vez más fuerte y de ahí están viniendo. Hay testimonios de un miembro de la asociación de vecinos de la zona X, que él sabe a qué hora, qué día y en qué lugar, cómo es el carro, que llega un oficial de la policía (...) a distribuir armas (Manuel, p/3) (Scotto y Castillo, 1994, 35).

Entre los integrantes de bandas y la comunidad se establece una relación que podríamos denominar ambivalente. Todos en la comunidad saben quienes son los malandros, los jibaros (vendedores de droga), los consumidores y los integrantes de bandas, no son personas ajenas o desconocidas, pero no se denuncian, no sólo por el temor a represalias, sino porque saben que a los pocos días estarán de nuevo en el barrio.

Es una relación híbrida porque se conjugan elementos opuestos: por un lado el rechazo por sus acciones violentas y por la inseguridad que generan, por otro lado, aceptación de estos grupos ilegales como miembros de la comunidad, hijos de vecinos que conocen desde niños. Entre los grupos lícitos e ilícitos se establece una coexistencia pacífica, alianza para la sobrevivencia, indicativa del proceso de legitimación de lo ilegal y violento como natural y propio del día a día que trastoca todos los espacios de la vida en comunidad. Se identifican así pactos tácitos caracterizados por el silencio ante los hechos ilegales (venta de droga, desvalijamiento de vehículos, ocultamiento y venta de artículos robados, venta de armas, entre otras), los vecinos asumen la conducta de mirar y callar.

En esta complicidad se identifican las siguientes características: a) es colectiva, la comunidad no denuncia a los individuos involucrados; b) se da por necesidad, implica beneficios mutuos entre delincuentes y algunas familias de la comunidad, cierto trueque de alimentos o artículos robados a cambio de dinero, seguridad personal, familiar y de bienes; c) pacto de no-agresión, se establecen límites para el desarrollo de actividades deportivas, comunales, recreativas, en las cuales los grupos ilícitos no violenten el desarrollo de las mismas; d) se asume con normalidad y como una negación de la realidad, el no preocuparse cuando se presentan situaciones críticas en la comunidad como enfrentamientos y la prueba de armas, asumiendo la violencia como parte de su entorno y mantener la posición de que "aquí no pasa nada" (González y otros, 1997, 124).

Hay un temor a denunciarlos, primero porque son personas que te conocen, saben a que hora llegas, a que hora sales de tu casa, muchas veces forman vínculos con tu hermano, con tu cuñado, con un primo tuyo joven estudiante.) (González, 1994, 129).

Yo he visto al Escopetero llevarle la bolsa del mercado para arriba a una señora, he visto al Escopetero cargando agua, ayudando a hacer una escalera porque también son ciudadanos que participan de la comunidad, pero independientemente de eso ¡ellos tienen su vaina privada, su peo que ellos tienen! que eso lo arreglan es de noche (malandro-jibaro) (Ibidem).

Estos pactos establecidos entre comunidad y bandas están cargados de elementos contradictorios, aunque rechazados por la mayoría de los vecinos, otros los reconocen por lo que significan para el núcleo familiar, dinero fácil a través de las actividades ilegales.

Para Scotto y Castillo, el reconocimiento se aprecia también en las expresiones de dolor ante la muerte de alguno de ellos, y los rituales de verdadera celebración de la muerte organizados por los compañeros. En prensa y televisión hemos vistos cómo se celebra la muerte de un malandro o integrante de bandas en el barrio. Para Tulio Hernández estas formas de celebrar la muerte son nuevas tradiciones, en las cuales los excluidos colocados al margen del Estado y de las bondades de la religiosidad oficial, han creado sus propios ritos para "paradójicamente seguir dándole valor a la vida que ellos mismos destruyen" (Hernández, 1997).

Ustedes van allí y verán una tremenda capilla que le han hecho. (...) En el entierro fue llevado por mujeres y la última muchacha de 14 años embarazada le seguía. Esa vez le echaban al féretro, no le echaban ron sino que le echaban whisky, y le echaban de manera que no sabes hasta qué punto... y esa vez había unos 30 o 40 malandros disparando sus armas al aire en homenaje (...) entonces estaban celebrando al líder (Manuel, p. 6) (Scotto y Castillo, 1994, 38).

(...) sobre el capó del carro fúnebre... iba sentado un grupo de adolescentes: aplaudiendo, coreaban una pieza de salsa erótica que, con atropellador volumen, brotaba de un gigantesco equipo portátil. (...) seis o siete miembros del grupo, en el momento que la urna descendía a su lugar definitivo, sacaron sus armas de fuego, de cañones inmensamente largos... las descargaron hacia el cielo... La ceremonia concluía con las promesas al amigo muerto de que la venganza sería inmediata (Hernández, 1997).

3. VIOLENCIA Y MODA A FINALES DEL SIGLO XX

En un interesante libro titulado *Los depredadores audiovisuales*, Enrique Gil Calvo discurre sobre la importancia de la moda audiovisual para los jóvenes. Siguiendo la argumentación de Herbert Blumer, este autor plantea que la moda es el mecanismo con que cuenta la sociedad actual para mantenerse informada sobre los múltiples y acelerados cambios motorizados por el consumo.

La moda es a la sociedad industrial (...) lo que la costumbre es a la sociedad preindustrial (...): el agente motor del control social.(...) seguir la moda imitando famosos es el medio menos costoso de adaptar la propia conducta a la estructura social y al cambio social." (Gil Calvo, 1985, 67).

(...) Las diferencias entre las diversas y variadas modas audiovisuales informan acerca de las *diferencias sociales* establecidas entre unos y otros jóvenes y acerca de las diferencias temporales (diferencias en la duración y *organización del tiempo* de espera) establecidos entre las sucesivas generaciones de jóvenes... (Ibidem, 68).

Es entonces a través de las modas audiovisuales que los jóvenes escogen los grupos de referencia (Merton, 1964), que orientan sus acciones. Si relacionamos este concepto con la violencia presente en estos medios audiovisuales, si conectamos el comportamiento de las bandas de Caracas con las de Los Angeles y Nueva York, donde los cantantes de rap alardean de los crímenes cometidos y se matan entre ellos (*El Nacional*, 06/04/97, B-11), y con muchas otras que se extienden a lo largo de las ciudades del mundo, comprendemos que la moda juvenil no es sólo la vestimenta, imitando a los basquetbolistas norteamericanos que vienen de sectores excluidos y alcanzan el éxito, incluye también los caminos para insertarse en la sociedad.

(...) podría citarse igualito a la televisión, a los medios de comunicación que incitan, pero como dicen los muchachos hoy en el barrio, *tener cartel*, antes uno decía "cría fama y acuéstate a dormir". *Tener cartel* es tener fama de ser el más malo, eso de alguna manera da cierto prestigio, porque las muchachas se deslumbran por un malandro, no sería extraño nombrar tales y cuales casos, pero hasta a mí mismo me ha afectado de alguna manera, yo tengo una hija que se deslumbra por los tipos que echan plomo o por los muchachos que tienen dos o tres muertos, *él si es lindo*, *oye que guapo* es, ese tipo de cosas que tú las vas sintiendo (Entrevista en La Vega, 1997).

Ya en 1927, Trasher advertía sobre los medios de comunicación y la literatura: "no se puede medir cómo influyen en el comportamiento, pero hay evidencias de que proveen héroes, tramas, fantasías, actividades y técnicas criminales." (1960, 103)

Los jóvenes engullen, cual ávidos "depredadores audiovisuales" (Gil Calvo, 1986), las modas y modos de ser que distribuyen los diversos medios masivos de comunicación y consumo, repletos de personajes violentos, agresivos, ricos y famosos, que sirven como grupos de referencia útiles para adaptarse a la excluyente civilización del mundo globalizado de finales del siglo veinte. Para reforzar estas tendencias de conducta, los jóvenes se encuentran inmersos en un contexto económico-político donde el robo, la corrupción, la imposición abusiva de los intereses de los poderosos, (llámense políticos, banqueros, funcionarios, comerciantes, etc.) se presentan cotidianamente, todo lo cual hace referencia al concepto de asociación diferencial de Sutherland (1983).

La hipótesis de la asociación diferencial es que el comportamiento criminal se aprende en asociación con aquellos que consideran ese comportamiento criminal favorable con un aislamiento de aquellos que lo consideran desfavorable y que una persona en una situación apropiada asume ese comportamiento criminal si, y solo si, el peso de las definiciones favorables excede el peso de las definiciones desfavorables (240).

Los jóvenes de los barrios crecen rodeados de ejemplos que favorecen el comportamiento violento, no sólo por los elementos presentes en el barrio — policías, narcos, ladrones, violencia familiar—, sino también por los medios de comunicación.

El papel de la moda que incluye consumo, lenguaje y actividades es considerado un elemento importante, sobre el cual son construidas las identidades sociales en la realidad contemporánea. Las diferencias entre los grupos sociales se evidencia a través de los diferentes estilos de vida construidos a partir del consumo de mercancías específicas. Este consumo no puede ser visto desde una perspectiva meramente económica, sino en su dimensión cultural (Featherstone, 1997,1). Y por otro lado la construcción de identidades sociales, no puede ser pensada separada de la dimensión económica (Novaes, 1997,1).

Para Néstor García el acceso a bienes de consumo esta substituyendo, incluso en los países latinoamericanos las reivindicaciones políticas y sociales clásicas (participación en los espacios públicos, demandas de mejores servicios). Cada vez más los ciudadanos son vistos por los medios de comunicación como meros consumidores (Novaes, 1997, 2).

Según Novaes en la sociedad contemporánea el valor del consumo esta relacionada con la idea de ser joven, se parte del juicio de los jóvenes como un grupo social aparte, con estilos de vida propios, pero simultáneamente se vende la idea de que todos podemos ser jóvenes siempre y cuando consumamos determinadas mercancías. Los medios de comunicación promueven una identifica-

ción del ser joven asociada con el ser libre y ser consumidor: un verdadero consumidor está siempre abierto a las novedades ofrecidas por el mercado.

A través de los objetos de consumo se establecen diferencias sociales, que adquieren significado en la medida en que quiénes no acceden a ellos conocen su significado sociocultural. Es así que los objetos adquieren vida propia en la medida que se constituyen en una forma de integración y comunicación entre los jóvenes.

(...) en el consumo se construye parte de la racionalidad integrativa y comunicativa de una sociedad. (...) No nos hacemos conscientes de la cultura que compartimos, hasta el momento en que llegamos a sus límites, cuando nos sentimos incomunicados, es que estamos ante la presencia del "otro cultural", se toma consciencia de ser excluido (Bambini,1997,8).

Nuestros jóvenes han sido desplazados por el sistema (escuela, familia, trabajo), de allí que quieran conducirse de un modo que permita expresar ese desplazamiento (Oriol y otros,1997,12) . Cuando se visten, escuchan determinada música, se arman o se comportan siguiendo determinados patrones que no pertenecen a la "normalidad adulta", están expresando su deseo de identidad y autoafirmación como jóvenes. Identidad que en el caso de los integrantes de banda les cuesta la vida, porque recurren a la violencia como medio para obtenerla.

Los jóvenes están inmersos en una sociedad que los excluye pero continúan empeñados en habitar esa única sociedad lícita que conocen y que les esta vedada, que los rodea pero les es inaccesible, y son precisamente estas paradojas las que conducen a los jóvenes a buscar un espacio donde insertarse y en el cual no se sientan rechazados; las bandas juveniles son una expresión de esta búsqueda de un espacio propio, de un sentirse yo.

Para Viviane Forrester la existencia de los jóvenes parece una pesadilla interminable, producida por una sociedad organizada sin ellos; cada vez más cimentada sobre el rechazo más o menos implícito. Comenta que los jóvenes buscan salidas pero sólo pueden liberarse de su destino por medios informales e ilegales, con frecuencia violentos y que de alguna manera dan la razón, si alguien la tiene, a quienes los condenan por sus acciones (Forrester, 1997, 65).

COMENTARIOS FINALES

Entre 1989 y 1992 se desarrolló en la ciudad de Caracas una dinámica violenta con variadas manifestaciones de diversa índole. Desde el *caracazo* hasta los intentos de golpe de estado, la ciudad se vio conmocionada por los mayores

índices de muertes violentas hasta ahora experimentados (Briceño-León y otros, 1997). Los jóvenes integrantes de bandas hoy (menores de 18 años), eran niños entre cuatro y diez años en esos tiempos turbulentos, cuando experimentaron el conmocionante paso entre la euforia y el peligro de muerte, disfrutando los frutos del saqueo debajo de las camas para evitar los tiros del ejército y la guardia nacional, soportando, a medida que crecían, los sometimientos y humillaciones de los diferentes cuerpos de seguridad del Estado, y de los diferentes personajes armados (malandros, traficantes de especies ilegales, armas y/o bienes robados) o no armados (familiares o amigos del barrio) que intentan sobrevivir inmersos en las dificultades de la metrópolis, los habitantes de la "cultura de urgencia" (Pedrazzini y Sánchez, 1994).

Los niños y jóvenes que viven en la violencia, las calles, las bandas, los internados y las cárceles, no lo hacen por opción, lo hacen porque su dignidad de sobrevivientes se lo exige, porque el mundo que los rodea los lleva allí. No es una patología, es una sociedad que así como destruye los ríos y bosques, genera a los excluidos como personajes extremos de la metrópoli. Una banda armada puede lograr más que un grupo de niños estudiosos, aunque probablemente viva menos.

Las bandas de niños y adolescentes ya existían en la Inglaterra de Dickens y en la Francia de Víctor Hugo. Pero ahora son más sofisticadas, los niños armados de hoy día son, como las bandas de pilluelos de otros siglos, consecuencia extrema de un modo de vida, un desarrollo económico, un orden social y un sistema político. Ellos no son héroes que se oponen al sistema, que se proponen hacer justicia, ellos son las víctimas a través de las que se expresa el lado oscuro, la máxima injusticia. Ellos condensan la furia, como niños maltratados, malnutridos, maleducados, condensan todas las carencias e incapacidades de sus padres, de un sector de la sociedad, de ladrones y abusadores que salen por la televisión, que se pasean por el barrio ostentando su poder, que especulan con el costo de los alimentos, que quiebran los bancos. Ellos rescatan la honestidad en el discurso social, ellos proyectan de forma descarnada la lógica de esta sociedad: *el que tiene armas se impone, el que tiene dinero disfruta*. Robar y matar, antes que mendigar y morir. La violencia es una vía de participación, para muchos la única que los aproxima al ideal de consumo.

Desde esta reflexión puede derivarse una significación política de la violencia en los barrios, en un país con un modelo de dominación caracterizado por la existencia de elites económicas y políticas que controlan el enriquecimiento y la toma de decisiones, fundamentadas en los modelos tecnológicos y financieros transnacionales. Donde esas elites han desarrollado un estilo de apropiación a través de la corrupción, la trampa y el empobrecimiento de las mayorías, todo lo cual se defiende a través de una serie de mecanismos de justificación y de im-

posición. Donde los partidos y agrupaciones políticas han perdido la condición de orientadores del cambio social (incluso la de canalizadores del descontento) , para reducirse a simples administradores de espacios de poder y, en el peor de los casos, a distribuidores de cargos públicos y de beneficios del sistema representativo. Donde las elites controlan también el saber y los discursos. ¿Cuál es la alternativa para los inconformes, para los rebeldes, para los que se resisten a aceptar el destino de excluidos que tienen asignado, para los que no se someten al discurso imperante que pretende atar moralmente a los pobres a una lucha honesta que no les permitirá alcanzar nunca los bienes publicitados, las aspiraciones sociales introyectadas a través de los medios de comunicación, el respeto y la dignidad, ni siquiera la importancia que como seres humanos reclaman?

(...) en la situación actual de las metrópolis de América Latina, un buen número de *derechos naturales* del ser humano (vivienda, comida, ropa, etc.) son *obtenidos más adecuadamente a través de la violencia* (W. Benjamin, 1921) que a través de cualquier otro medio, especialmente legal. El sentido social de la violencia urbana contemporánea se debe buscar en la constatación de que la violencia a pesar de ser ilegal, puede aparecer, en circunstancias particulares, como legítima. (Pedrazzini y Sánchez, 1992, 189).

La violencia de los muchachos del barrio tiene un sentido de supervivencia, puede ser aceptada y hasta justificada por sus vecinos. Puede también legitimarse socialmente y explicarse sociológicamente, por las condiciones familiares, socioeconómicas y culturales en que han vivido (Pedrazzini y Sánchez, 1992, 190). Pero la acción violenta del Estado sólo se justifica como mecanismo para mantener el orden, es una violencia que pretende luchar contra la violencia, cuando en realidad la reproduce y repotencia, cumpliendo un papel fundamental en la imposición de un modelo de dominación.

Así pertenecer a una banda armada, se convierte en una moda y en un vehículo para estar a la moda. La moda de las armas, de la ropa de marca, del basquet, del rap, de la changa, de la salsa erótica, del merengue, del hip hop, etc. La moda que les permite escapar de la exclusión y sentirse incluidos en el mundo de hoy.

Hay que considerar también que el Estado, en el caso venezolano especialmente, se ha erigido en el principal tramposo. Los delitos de corrupción, la ineficacia de los servicios públicos, las políticas de ajuste económico que aplican mecanismos de crecimiento económico a costa del empobrecimiento de las mayorías, y muchas otras evidencias cotidianas, han instaurado en la mentalidad de los venezolanos que los poderosos son legalmente tramposos, así los no poderosos sólo pueden ser ilegalmente tramposos y para lograrlo la vía más

directa es la violencia, la imposición por la fuerza, que actualmente se concreta con las armas, la forma más rápida de lograrlo.

Con todo esto no pretendemos justificar la violencia de las bandas. Pensamos que la violencia no es justificable, pero tampoco necesita justificación. Lo interesante es intentar comprender el sentido y las motivaciones de esa violencia y hacia eso apunta nuestra reflexión. La realidad que viven estos jóvenes ofrece muchas motivaciones para la violencia: aspiraciones, frustraciones, venganzas. Al mismo tiempo, el medio ambiente en el cual se desenvuelven permite entender el significado sociopolítico de estas agrupaciones. A través de ellas, los jóvenes pueden rebelarse y lograr una mínima cuota de poder frente a los que están por encima de ellos: malandros viejos, policías, otras bandas armadas, jóvenes con dinero, etc.; y, a la vez, conseguir todos los objetos de consumo a los que ellos aspiran. Ocupan el único espacio en el que pueden hacerse un lugar para vivir, aunque dure poco tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

Briceño-León, Roberto y otros (1997), "La emergente cultura de la violencia en Caracas", en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, No. 2, 1997, IIES, FACES, UCV, Caracas

Bambini, Bernardo (1997) "Prácticas culturales urbanas de los jóvenes residentes en Mar del Plata" ponencia en el XXI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) Sao Paulo, septiembre

Cuadernos del Cendes (1989), *Número especial 27/28 de febrero*, Caracas, no.10, segunda época, enero-abril, p.184.

Del Olmo, Rosa, *Ruptura Criminológica*, Ediciones UCV, Caracas, 1978.

Diccionario de Sociología (1973). Barcelona, Edit. Helmut Herder.

Duque, José Roberto y Boris Muñoz (1995), *La ley de la calle*. Testimonios de jóvenes protagonistas de la violencia en Caracas, Fundarte, Caracas.

Fonester, Viviane (1997) *El honor económico*, FCE, Buenos Aires

Encinas Garza, José Lorenzo (1994), *Bandas juveniles. Perspectivas teóricas*, Trillas, México.

Gil Calvo, Enrique (1985), *Los depredadores audiovisuales. Juventud urbana y cultura de*

masas, Tecnos, Madrid.

González, Carmen Carolina (1994), *Bandas de jóvenes en los barrios de Caracas. Aproximación al estudio*. Trabajo especial de grado, Escuela de Trabajo Social, FACES, UCV, Caracas.

González, Zuleima, Sol Hernández y María Sulbarán (1997), *Estudio exploratorio de tipo etnográfico sobre las características de la violencia y las actividades ilegales existentes en un barrio de Caracas para el año 1996*, Trabajo especial de grado, Escuela de Trabajo Social, FACES, UCV, Caracas.

Hernández, Tulio (1997), columna de opinión en *El Nacional*, 29 de junio de 1997.

Huggins, Magally (1996), "Una reflexión en torno a la violencia en Caracas", en *Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura*, Vol. II, No. 2, julio-diciembre 1996, IIES, FACES, UCV, Caracas.

Mateo, Cristina (1997), *Entre cuentas y cuentos. Análisis sociológico de los programas contra la pobreza en Venezuela 1989-1993*, Fondo Editorial Tropykos- FACES/UCV, Caracas.

Merton, Robert K. (1964), *Teoría y estructura sociales*, Fondo de Cultura Económica, México.

Narvaes Pinto, Claudio (1997), "La cultura juvenil del consumo e identidades sociales alternativas" ponencia en el XXI Congreso Latinoamericano de Sociología Sao Paulo, septiembre.

Oriol, Costa y otros (1997), *Tribus urbanas*, Paidós, Barcelona.

Pedrazzini, Yves y Magaly Sánchez (1992), *Malandros, bandas y niños de la calle*, Vadell Hermanos, Valencia-Caracas.

Revista SIC, (1989), *Después del 27 de febrero*, Caracas, año LII, No.514, mayo, p.191.

Riera, Francisco (1992), *Entre el silencio y la palabra*, Edit, Monte Avila, Caracas.

Scotto, Carmen y Anabel Castillo (1994), "La violencia cotidiana en Venezuela. El caso de un barrio", en Luis Ugalde (comp.) *La violencia en Venezuela*, Monte Avila, Caracas.

Sutherland, Edwin H. (1983), *White collar crime. The uncut version*, Yale University Press.

Thrasher, Frederic (1960), *The Gang*, The University of Chicago Press, Chicago.

Whyte, William Foote (1971), *La sociedad de las esquinas*, Editorial Diana, México.